



Con varios intentos fracasados por regresar al mundo de las Nereidas, Pichín se encontraba junto a su amigo y compañero de aventuras, "Pegaso", caminando por atajos, laderas y valles extensos o volando sobre ellos.

La verdad es que 'el tomate parlanchín' andaba con el rumbo perdido, sin saber muy bien el camino que debía tomar para regresar a la morada de las Nereidas e

incluso dudaba de cómo un día se halló entre ellas, parecía que un velo invisible extendido como un redcilla de sutil seda a su alrededor, le fustigaba hacia lugares nuevos, alejados de su objetivo.

En su andanza llegaron a Andronais, un pueblecito situado sobre la cima de un acantilado donde al extremo posterior del mismo, confluían todas sus angostas callejuelas, invitando al asomarse a permanecer con la boca abierta ante la

vista que a su pie se mostraba: un mar de aguas calmas y bronceada playa, donde con extrema suavidad las diminutas olas, perezosas, depositaban la blonda de su blanca espuma.

Adentrándose por aquel laberinto de intrincadas callejuelas, advirtieron que la zona tenía reminiscencias de zoco, bajo los soportales se encontraban instaladas viviendas, donde se ejercían casi todos los oficios del mundo.

Se toparon, por sorpresa, con una herrería, que regentaba un anciano de blanco cabello y pocos dientes, amarillos los dos incisivos, asomaban sobre unos enflaquecidos labios.

Pichín le ofreció unos 'zapatos' nuevos a su compañero el caballo "Pegaso", que este aceptó, quizás consciente de lo mucho que les quedaba por viajar hasta que encontraran el destino pretendido.

Durante el trabajo intimaron con el herrero, quien mientras herraba al caballo, no paró de contarles con gran tristeza, la rutina de su vida.

- Desde que existe la humanidad - decía - he existido yo. He visto a Reyes conquistar grandes extensiones de territorio, pasarse la vida luchando, para luego morir y quienes les sucedieron, dilapidar lo que él conquistó. He visto mucha sangre derramada, pueblos exterminados por el simple afán de obtener poder, contemplé la ira, el egoísmo y la avaricia, en su estado más puro y en su máxima expresión.



Pichín intuía algo especial en aquel anciano, por lo que siguió estudiándole con sumo interés y máxima curiosidad.

- Cada vez que mi martillo, hechizado, tiene que forjar la historia de un desastre, de un asesinato o un suicidio, lloro. No puedo soportar los malos acontecimientos que me veo obligado a crear, pero a través de los siglos he aprendido a convivir con ello. Con cada golpe veo todo lo que para esas persona se está formando en la inmensa fragua de la vida, quizás ellos piensen que nadie les comprende, pero yo sufro tanto como ellos.

El herrero hizo una pausa para tomarse, de un solo trago, un vaso de vino, que se escancio de una jarra de barro que estaba en una de las repisas de piedra, luego sirvió otro que les ofreció, intentaron excusarse y darle las gracias, lo que no hizo mucha falta puesto que al primer remilgo, apuró de igual forma el segundo vaso y continuó:

- Ya soy muy viejo y quisiera que este maleficio se apartara de mi, que solo cincelara cosas buenas, sueños y proyectos para que los pueblos se comprendieran, que se respetara la naturaleza y que la paz fuera posible entre todos.

Pichín, que le había escuchado atento, cogió la mágica piedra roja, la envolvió en su pañuelo y fingiendo secarle el sudor de la frente al anciano se la frotó tres veces, luego le dijo.

- Inténtalo, pon tu sabiduría, voluntad y ardor en ello, y se cumplirán tus deseos.

Al momento el herrero, sin saber bien lo que le sucedía, sintió una tremenda paz interior, como nunca antes su alma atormentada había percibido, una azulada luz envolvió la estancia y en el alfeizar de su destartalada ventana, reverdecieron, súbitamente, las reseca macetas y flores como diminutos papelitos de mil colores asomaron atrevidas.

“Pegaso”, se sentía feliz con sus herraduras nuevas de reluciente color plata, le



preguntaron al herrero cuanto le debían y este se negó, con rotundidad, a cobrar cantidad de dinero alguna, pues estaba, según les manifestó, suficientemente pagado además de agradecido por que le habían liberado de su carga y les prometió, que de ahora en adelante, solo forjaría buenos designios para todos sus parroquianos.

Pichín antes de marchar, le contó al viejo personaje que regresaría tierra adentro para proseguir en la búsqueda de las Nereidas, ya que por momentos le acuciaba una necesidad mayor de encontrarse con ellas.

El Herrero, soltó primero una ruidosa carcajada mostrando, en plenitud, sus únicos dos dientes y luego le dijo:

- Amigo mío, tu me liberaste de mi carga y yo quiero corresponderte, las Nereida, no habitan en la tierra, cuentan

que son más de un centenar de divinidades femeninas que personifican los aspectos amables del mar, se mecen con las olas juegan con los peces y se engalanan con corales y doradas conchas, por lo que viven en el fondo del océano, con su padre Nereo y su madre Dóride, hilando telas preciosas y oyendo música de caracola.

Pichín no daba crédito a lo que estaba escuchando, en su mente siempre estuvo la visión de que su encuentro con las Nereidas, quienes le concedieron su poder, fue en un verde bosque, sin embargo la seguridad con que el viejo le informaba de las hadas bienhechoras y la infructuosa búsqueda hasta el momento sin resultado, le sumió en una tremenda duda.

Debía ordenar su mente, bajaría a la playa a reflexionar.

